



CELEBRANDO LA REFORMA EN COMUNIDAD

Equipo Operativo InS
Octubre, 2026

LITURGIAS Y DEVOCIONALES

Celebración de la Reforma 2026



InS

Instituto Sustentabilidade
América Latina
e Caribe



Celebrando en comunidad

Subsidio litúrgico para el Día de la Reforma¹

Color litúrgico: Rojo.

Materiales: Paramentos litúrgicos, velas, cruz, biblia, elementos para la Santa Cena (si los hubiera).

Información importante: La presente propuesta litúrgica para el Día de la Reforma no contempla la Liturgia Eucarística. Si su comunidad celebra la Santa Cena, realícela conforme la liturgia habitual. Observación importante: el Padrenuestro ya está incluido después de la oración de intercesión; por tanto, para evitar repeticiones innecesarias, resérvelo para el momento de la Cena, omitiendo su recitación en la página 22.

¹ Material elaborado por la teóloga de la Facultades EST Andressa Suzane Almeida.

Celebración del Día de la Reforma

Liturgia de Apertura

Campanas:

Preludio:

Saludo apostólico y bienvenida: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo sean con todos y todas ustedes. Sean bienvenidos y bienvenidas a este culto. La Palabra que nos acoge hoy no señala nuestras conquistas, sino la suficiencia de Dios en nuestra fragilidad. Se encuentra en 2 Corintios 12:9, donde el Señor declara a Pablo: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”.

En este Día de la Reforma, celebramos que Cristo es el centro de todo: la Escritura da testimonio de Él, la fe se aferra solamente a Él, y la gracia fluye únicamente por Él. No nos gloriamos en méritos

humanos, porque es en la debilidad de la cruz donde el poder de Dios se revela plenamente para nuestra salvación. En Él somos personas justificadas, santificadas y redimidas. Con alegría en el corazón, al reconocer que la gracia de Cristo nos basta, cantemos el primer himno:

🎵 **Himno** 🎵: *(Elige un himno conocido por la comunidad)*

Confesión de los pecados: Dios de misericordia, en este Día de la Reforma, en que celebramos que la gracia de Cristo nos basta, levantamos ante ti nuestra fragilidad y nuestra culpa.

Confesamos nuestras fallas concretas. Perdónanos por la cultura de la violencia y de las guerras que insisten en extenderse por nuestro mundo, donde tantas veces el clamor de las personas que sufren es sofocado por la fuerza bruta, por la

opresión y por la indiferencia que acalla la voz de nuestros hermanos y hermanas.

Perdónanos por el irrespeto a la vida cotidiana: el machismo que agrede y silencia a las mujeres, el racismo que margina a las personas negras y a los pueblos originarios, y la xenofobia que rechaza a las personas migrantes y refugiadas que cruzan nuestras fronteras en busca de pan y dignidad.

Perdónanos por la corrupción que roba el futuro de las personas jóvenes, la salud de las personas enfermas y la esperanza de las personas pobres. Perdónanos por la codicia desenfrenada que destruye nuestra Casa Común.

Perdónanos cuando nuestra teología se convierte en muro en vez de puente, cuando nuestra predicación calla ante las injusticias estructurales y cuando nuestras comunidades reflejan más las divisiones políticas y sociales del mundo que la unidad de tu Reino.

Señor, tú has dicho que tu poder se perfecciona en la debilidad. Aquí estamos, personas débiles y pecadoras. No nos abandones a nuestra propia fuerza. Que el Espíritu Santo nos conduzca al arrepentimiento genuino y nos lleve a vivir, en Cristo, la justicia, la paz y la reconciliación. Por amor de tu Hijo, escúchanos. Amén.

Anuncio de la gracia: La palabra de Romanos 8:1 nos dice: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. El camino de Jesús no nos lleva al juicio, sino que pasa por la cruz y llega a la absolución. Por ese camino, Dios viene a nuestro encuentro, perdona nuestros pecados y nos concede nueva vida. Por eso, en Cristo, mediante el perdón gracioso, ustedes están reconciliados y reconciliadas con Dios. Amén.

Kyrie: En nuestro mundo hay muchas razones de dolor y sufrimiento. Te pedimos, Cristo, ten piedad de nosotros y nosotras; Tú que viniste en la fragilidad de la cruz, trayendo paz donde hay miedo y esperanza donde hay cansancio. Ten piedad de nosotros y nosotras cuando esperamos a un Dios de poder y gloria y no reconocemos al Dios que se humilla, que carga nuestras debilidades y nos basta con su gracia. Acógenos en tus brazos, susténtanos en el camino de la fe y enséñanos a gloriarnos solo en tu cruz. Nuestro mundo clama por misericordia, por la misericordia de Dios. Por eso, clamemos cantando:

🎵 **Himno** 🎵: *(Elige un himno conocido por la comunidad)*

Gloria in Excelsis: Por la fe, somos personas declaradas justas ante Dios, no por nuestras obras, sino únicamente por su gracia, revelada en Cristo Jesús. Él nos libertó de la condenación, nos acogió en

su fragilidad y nos dio la certeza de la vida eterna. Por eso, con toda la Iglesia, alabemos a nuestro Dios cantando:

♪ **Himno** ♪: *(Elige un himno conocido por la comunidad)*

Oración del día: Dios de toda gracia, te damos gracias porque nos convocas a este encuentro y nos reúnes como tu comunidad. Somos gratos y gratas porque, aun en nuestra debilidad, tu Palabra viva nos alcanza y nos sostiene. En este Día de la Reforma, recordamos que no hay otro fundamento sino Jesucristo, el único que nos justifica por la fe, nos redime por la cruz y nos basta con su gracia. Abre nuestros oídos y corazones para que las Escrituras, que dan testimonio de tu Hijo, sean para nosotros y nosotras luz y vida. Enséñanos a confiar no en nuestras fuerzas, sino en el poder que se perfecciona en la debilidad. Que tu Palabra nos fortalezca, nos

oriente y nos mantenga firmes en la esperanza de la vida eterna. Esto te pedimos en nombre de Jesucristo, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Liturgia de la Palabra

♪ **Himno** ♪: *(Elige un himno conocido por la comunidad)*

Lectura bíblica del Antiguo Testamento: Isaías 62:1-12

Lectura bíblica del Salmo: Salmo 46:1-7

♪ **Aclamación del Evangelio cantando Aleluya** ♪

Lectura del Evangelio: Mateo 5:1-10

Predicación: Queridas hermanas y queridos hermanos, gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. En este Día de la

Reforma, somos recordados y recordadas de una verdad que cambió la historia de la Iglesia y que sigue cambiando nuestra vida: somos personas salvadas únicamente por la gracia, por medio de la fe en Jesucristo, y no por nuestros propios esfuerzos. Este mensaje está en el centro de todo lo que hemos escuchado hoy en las Escrituras.

Comencemos con el profeta Isaías. Él habla a un pueblo desanimado, que se sentía abandonado. Jerusalén estaba en ruinas, el templo destruido, y muchos dudaban que Dios todavía se importara. Era un tiempo de desolación. Pero Isaías trae una palabra de consuelo: Dios no va a callar, no va a descansar hasta que no restaure a su pueblo. ¿Y por qué actúa Dios así? No porque el pueblo lo mereciera, pues habían sido infieles. Sino que Dios, en su amor fiel, ama primero y sale al encuentro de ellos y ellas. Esa es la palabra que la Reforma rescata: Dios nos busca no porque seamos personas buenas, sino porque él

es fiel. Aun cuando todo parece perdido, cuando la vida es un montón de ruinas, Dios está actuando. Él promete restaurar, consolar, traer salvación, no por méritos, sino por pura gracia. Ese es el Dios de la Reforma: fiel, incluso cuando nosotros y nosotras fallamos.

El Salmo 46 refuerza esto. Dice: "Dios es nuestro refugio y fortaleza, socorro bien presente en la angustia". El salmista describe un mundo en caos: terremotos, montañas que se estremecen, aguas que braman. Esto es nuestra vida, ¿verdad? En el tránsito, en el trabajo, en casa, cuando las cuentas no cierran, cuando llega la enfermedad, cuando nos sentimos en soledad. En medio del caos del mundo, el salmista ve algo diferente: un río que alegra la ciudad de Dios. Ese río es la presencia de Dios, la certeza de que él está en medio de nosotros, incluso cuando todo parece derrumbarse. Él está presente, como un río que no se seca, que sigue fluyendo, trayendo vida

donde parece que solo hay desierto. La Reforma nos recuerda que no necesitamos buscar agua en otros lugares. La gracia de Dios es suficiente. Ella nos sostiene, nos alegra y nos da vida.

Y entonces viene Jesús, en el Evangelio de Mateo, y comienza a enseñar. Ve a la multitud y sube al monte. Dice: "Bienaventuradas las personas pobres en espíritu, porque de ellas es el Reino de los Cielos". Y aquí debemos tener cuidado. Muchas veces leemos las bienaventuranzas y pensamos: "Jesús está dando una lista de tareas. Si soy una persona mansa, si lloro, si tengo hambre de justicia, entonces Dios me va a bendecir". Pero no es así. Las bienaventuranzas no son condiciones para ser salvo; son descripciones de quienes ya han sido salvados por gracia. Fíjense bien: "pobres en espíritu" no es quien tiene poco dinero ni quien es humilde por esfuerzo propio. Es quien reconoce que, delante de Dios, no tiene nada que ofrecer. Es quien dice: "Señor, soy fallida, soy débil,

no merezco tu amor". Y es precisamente a esas personas a quienes pertenece el Reino. No porque sean especiales, sino porque Dios es misericordioso. Es el mismo principio de la Reforma: solo por gracia.

"Bienaventuradas las que lloran", no es quien llora por cualquier motivo, sino aquella persona que llora por el pecado, por el dolor del mundo, por la injusticia. Y ellas son consoladas. ¿Consoladas por quién? Por Dios. No por sí mismas.

"Bienaventuradas las mansas", no son las personas débiles que no reaccionan, sino aquellas que no confían en la violencia, no confían en su propio puño, sino que confían en Dios. Ellas heredarán la tierra.

"Bienaventuradas las personas que tienen hambre y sed de justicia", ese deseo no nace del esfuerzo humano, sino que es puesto en el corazón por el propio Espíritu. Y Dios promete saciar a esas

personas. ¿Saciar con qué? Con el mismo Cristo, el justo que nos hace justos por la fe.

"Bienaventuradas las personas misericordiosas" porque las personas que viven la gracia que han recibido, derraman esa gracia hacia otras personas. No lo hacen para ganar algo, sino porque ya lo han recibido todo.

"Bienaventuradas las de corazón puro", no es quien nunca ha errado, sino quien tiene el corazón limpio por Cristo, y por eso verá a Dios.

"Bienaventuradas las pacificadoras", no aquellas personas que evitan conflictos para no incomodarse, sino aquellas que, por tener paz con Dios, pueden llevar paz al mundo.

Y finalmente: "Bienaventuradas las perseguidas por causa de la justicia" porque el mundo no acepta esa lógica de la gracia. El mundo quiere mérito, rendimiento, competencia. Pero el Reino de Dios funciona al revés.

Hermanos y hermanas, Isaías habló de una ciudad restaurada, el Salmo habló de una ciudad segura, Jesús habló del Reino de los Cielos. Y todo eso apunta a una única realidad: Dios, en Cristo, vino a habitar en medio de nosotros y nosotras, no porque lo mereciéramos, sino porque nos amó.

En el día a día, ¿cuántas veces vivimos como si la salvación dependiera de nuestro rendimiento? ¿Alguna vez te has sorprendido pensando: "Hoy fui una buena persona, así que Dios está feliz conmigo"? ¿O: "Hoy me equivoqué, entonces Dios está decepcionado"? La Reforma nos libera de esa montaña rusa emocional. Dios no nos acepta porque seamos personas buenas, sino porque Cristo es bueno y su justicia nos ha sido dada como regalo.

La gracia no nos exime de vivir la fe, sino que nos libera para vivirla. No necesitamos demostrarle nada a Dios. Podemos ser personas mansas, porque no necesitamos pelear para afirmarnos. Podemos

llorar, porque Él nos consuela. Podemos tener hambre de justicia, porque Él nos saciará.

Y al final, la mayor certeza que tenemos es esta: así como el profeta dijo que Jerusalén sería llamada "Ciudad Santa" y "Redimida", nosotros y nosotras también somos llamados hijos e hijas de Dios, no por nuestra santidad, sino por la santidad de Cristo que nos ha sido dada. Que el Espíritu Santo nos ayude a vivir esa libertad, a confiar no en nosotros y nosotros, sino en Dios, a ser refugio para las personas que sufren, y a anunciar con la vida que la gracia nos basta. Amén.

Confesión de fe: Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la Tierra. Y en Jesucristo, su Hijo unigénito, nuestro Señor, el cual fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de la virgen María. Padebió bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los

infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos. Subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, todopoderoso, que desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Cristiana, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable. Amén.

Oración de intercesión: Dios de toda gracia, Padre fiel y misericordioso, ponemos ante ti este mundo tan herido, marcado por la violencia, la injusticia y tantas formas de sufrimiento. Reconocemos que no podemos salvarlo con nuestras propias fuerzas, pero confiamos en tu gracia, que se perfecciona en nuestra debilidad.

Así como tu Hijo Jesús entró en Jerusalén con humildad, y no con poderío militar, donde hay guerra y conflictos, derrama tu anhelo de paz; donde hay odio y división, haz nacer caminos de reconciliación;

donde vidas son destruidas, acoge, sana y restaura. Acuérdate, Señor, de las personas que viven sin esperanza, de las que cargan miedo, soledad y cansancio, de las que han perdido el sentido del camino. Sé luz en las noches oscuras, fuerza para quien ya no puede seguir andando y consuelo para los corazones afligidos. Muéstrales que tu gracia basta.

Intercedemos por los pueblos y naciones, por los gobernantes y autoridades. Concédeles sabiduría y responsabilidad, para que sirvan al bien común y promuevan la justicia y la paz. Líbralos de la tentación de confiar en su propio poder, y enséñalos a gobernar con humildad y compromiso con la vida.

Oramos por tu Iglesia, el cuerpo de Cristo esparcido por el mundo. Fortalécela en el anuncio del Evangelio, en la práctica del amor y en el servicio al prójimo, para que sea señal de tu Reino. Que no confíe en sus propias obras, sino solamente en la

gracia de Cristo, y que desborde esa gracia para todas las personas.

También ponemos ante ti todo aquello que cada persona trae en su corazón y lleva en su mente: alegrías y angustias, pedidos silenciosos y dolores no dichos. Recibe, Señor, aquello que no sabemos expresar, y envuélvenos con tu gracia y protección. Recuérdanos que no hay condenación para quienes están en Cristo Jesús, y que tu poder se perfecciona en nuestra debilidad.

Confiados y confiadas en tu amor y en la fidelidad de tus promesas, entregamos todas estas intercesiones en tus manos misericordiosas, por Jesucristo, nuestro Señor, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

(Si hay celebración de la Santa Cena, omite esta oración del Padre Nuestro aquí y resérvela para la Liturgia Eucarística)

Padrenuestro: Así, en una sola voz, oramos la oración que el propio Cristo nos enseñó: Padrenuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino, sea hecha tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy. Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en tentación, mas libranos del mal. Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria. Por los siglos de los siglos. Amén.

🎵 **Himno** 🎵: *(Elige un himno conocido por la comunidad)*

Liturgia Eucarística

(Las comunidades que celebran la Santa Cena deben realizar la Liturgia Eucarística conforme el rito habitual. Si no hay Cena, prosigan directamente a la Liturgia de Salida.)

Liturgia de Salida

Anuncios: Momento de los anuncios comunitarios.

Bendición: El Señor te bendiga y te guarde en el camino de la fe, que no se apoya en méritos, sino solamente en la gracia de Cristo. El Señor haga resplandecer sobre ti el rostro de Jesús, el Crucificado, cuyo poder se perfecciona en la debilidad. El Señor vuelva hacia ti su mirada y te conceda la paz que el mundo no puede dar, para que camines con confianza, llevando esperanza donde hay dolor, misericordia donde hay heridas y amor donde el mundo clama por vida.

Envío: Ve en paz. Vive de la gracia que te basta, confía solamente en Cristo y anuncia, con la vida, que él es nuestra justicia, nuestra salvación y nuestra esperanza. Amén.

Postludio:



InS

Instituto Sustentabilidade
América Latina
e Caribe



Visítanos:

 ins_sustentabilidade •  insustentabilidade •  sustentabilidade.est.edu.br